

A ras del cielo

Juan Luis Mira

PERSONAJES

- POZO:** ha cumplido los treinta, pero el reloj mental se le paró mucho antes y le dejó la ingenuidad en el gesto. Le cuesta mirar a los ojos. Habla con cierta dificultad, lo que no le impide leer con fluidez. Cuando no está preocupado suele tener una media sonrisa en la boca, como un tic nervioso...
- TERESA:** todavía no ha cumplido los treinta. Actriz.
- MÁÑEZ:** cincuenta años mal llevados.
- VIDAL:** viejo apuntador. Conoce el subsuelo del teatro como nadie.

UN HOMBRE CON ABRIGO OSCURO.

Y las piernas, pantorrillas, zapatos, voces de las actrices y actores que interpretan *Tres sombreros de copa* sobre el escenario del Teatro Princesa.

ESPACIO ESCÉNICO:

Tres niveles bien delimitados y comunicados entre sí.

DISPARA...

El primero -arriba- nos sitúa en la azotea de un edificio céntrico de la ciudad.

APUNTA...

El segundo -abajo- nos lleva a uno de esos antiguos y pequeños sótanos que, bajo el escenario de un teatro, servía de garito al apuntador además de improvisado almacén.

APUNTA / DISPARA...

El tercero -el más alto- presidido por la concha desde donde el apuntador realiza su trabajo. Junto a ésta, sitiada por parte de las diablas, en la corbata del escenario del Teatro Princesa, podemos ver sólo una pequeña porción de ese espacio imaginario cuya prolongación se sugiere tras las bambalinas.

Un ciclorama cierra y une a la vez los tres espacios. Sobre él se proyectarán algunas de las imágenes que captan tanto los prismáticos como el visor del arma que esgrime el francotirador.

Se apunta y se dispara en Valencia, en 1954.

I. DISPARA

Arriba: una imagen, dos disparos

Noche cerrada. Arriba, frente al espectador, embutido en la ropa de un invierno no demasiado riguroso: gabardina, gorra con una pequeña visera, guantes... alguien monta las piezas de su sarasqueta con la rutina del que sabe articular sus piezas con los ojos cerrados. La poca luz que ilumina la azotea -alguna parpadea intermitente- son reflejos que proceden del exterior.

Al francotirador de vez en cuando le sobreviene un golpe de tos. Para de armar el rompecabezas mortal y se mete en la boca un caramelo.

Coge unos prismáticos y los dirige hacia el patio de butacas donde, se supone, está su objetivo. Se escucha el sonido lejano de un tren que acaba de detenerse en el andén de la estación.

Voces, algún silbato. Pasos apresurados.

Deja los prismáticos y termina de montar el arma girando adecuadamente el visor del teleobjetivo. Desbloquea el segundo.

Balancea ligeramente el hombro: no le tiembla el pulso.

Apunta hacia abajo, hacia un lugar muy determinado, y luego va subiendo lentamente -con precisión de tiralíneas- unos pocos centímetros.

Escupe el caramelo.

Respira profundamente. Espera.

Se escucha ahora el sonido creciente de unos pasos hasta que se detienen bruscamente.

Silencio.

Dispara una vez.

Luego, otra. Como si nada.

Silencio.

Un tren inicia su viaje a ninguna parte.

Oscuro.

II. APUNTA

Abajo: el culo del teatro

Se ilumina sólo la pequeña porción del escenario del Teatro Princesa, apenas unos metros cuadrados que, alternativamente, serán ocupados por zapatos rutilantes, hermosas pantorrillas cubiertas por medias de rejilla y algún liguero que alcanza el límite de lo que el espectador llega a ver;

pantalones masculinos a rayas perfectamente planchados: todo muy a la moda de los locos años XX. Se oyen las voces alegres, los movimientos y los pasos de los personajes que interpretan el final del Primer Acto de *Tres sombreros de copa*.

VOZ DE DIONISIO.- No. Perdone usted. Si es que me he equivocado... No es un idiota... Es que como es negro... pues tiene su geniecillo... Pero el pobre no tiene la culpa... Él, ¿qué va a hacer si se cayó de una bicicleta? Peor hubiera sido haberse quedado manquito. Y la señora esta se lo ha dicho... y ¡bueno!, se ha puesto que ya... ya...

VOZ DE FANNY.- ¿Y qué más?

(Poco a poco se ha ido iluminando tenuemente el espacio del sotanillo del apuntador. Colgados del perchero vemos una gabardina, una bufanda, una gorra... POZO está situado ya en el hueco de la concha, con su libreto, siguiendo las incidencias de la escena y repasando el texto. De vez en cuando no puede evitar algún que otro golpe de tos ni reírse de las ocurrencias que dicen los personajes. Se tapa la boca para no molestar. Cuando va a hablar PAULA -VOZ DE TERESA- deja de seguir el texto y mira hacia el escenario mientras susurra de memoria el texto de la actriz, después vuelve a seguir el libreto.)

VOZ DE DIONISIO.- No, si ya he acabado...

VOZ DE FANNY.- Total, que siempre estáis lo mismo... Tú eres tonta, Paula.

VOZ DE PAULA / TERESA.- ¡Pues si soy tonta, mejor!

(PAULA / TERESA ha hecho mutis por el foro. POZO la sigue con la mirada. Mira de reajo el texto por si hay alguna equivocación. Se oye una puerta, sobre el escenario, que se cierra. Continúa la comedia, POZO -siempre atento- no se percata de que PAULA está bajando por la escalera de caracol.)

VOZ DE BUBY.- ¡Pues si soy grosero, mejor!

(Suena otro portazo sobre el escenario, idéntico al anterior. Con mucho sigilo TERESA se acerca POZO y, desde atrás, le tapa los ojos con sus manos. POZO se vuelve bruscamente, algo asustado. Le vuelve la tos.)

POZO.- (Con voz aspirada.) ¡Teresa!

TERESA.- ¡Vaya cara has puesto!

POZO.- ¡Psssss! ¡baja... la voz!

TERESA.- (Aspirando la voz también, imitándolo.) ¡Está bien! Qué susto te he dado: ni que fuera un vampiro.

POZO.- (Tras no poder reprimir una media sonrisa.) Los actores no... pueden estar aquí.

TERESA.- ¿Y las actrices?

POZO.- No seas tonta, sabes... que no. Tengo... que seguir...

TERESA.- No te preocupes: se lo saben muy bien. Faltaría más, que después de dos meses todavía nos equivocáramos.

(POZO y TERESA se miran y sonrían juntos. Desde el escenario una voz femenina pide «apunte». POZO rompe el ensimismamiento y busca apurado la línea. Lee en voz alta, con oficio.)

¿Tiene usted una cerilla? **(Sube la voz.)** ¿Tiene usted una cerilla?

VOZ DE FANNY.- ¿Tiene usted una cerilla?

(Continúa la escena frente a la concha.)

TERESA.- Olvidaba que la Claramunt tiene menos memoria que un mosquito. **(Sonríe.)**

POZO.- No te puedes... fiar.

TERESA.- Pero sus piernas están muy bien, ¿Eh?

(Pausa. POZO sigue el texto.)

¿Te gustan?

POZO.- ¿Qué?

TERESA.- Mira por dónde desde ahí arriba nunca he pensado en la perspectiva tan chula que tienes aquí abajo.

(POZO sigue «apuntando».)

Digo que te pondrás morado viendo tanta jovencita, ¿eh?

(POZO esquiva la respuesta. Sonríe.)

¿Y mis piernas, te gustan?

(POZO se gira un instante y le intenta mirar a los ojos pero no puede. Sigue sin perder la sonrisa. Vuelve la cabeza hacia el escenario.)

POZO.- Si no doy,... el pie... no veas la bronca.

TERESA.- ¿Ves? Nosotras te enseñamos las piernas y tú nos das los pies.

(POZO sonríe, con ingenuidad. Retoma su concentración en el texto.)

Perdona, Pozo, sólo quería..., bueno, pues hacerte una visita y...

POZO.- Y qué...

TERESA.- Y... conocer tu guarida, por ejemplo.

(TERESA curiosa. POZO, sin perderle de vista, sigue atento al texto. TERESA le da al interruptor del flexo. El sótano recupera algunos perfiles. Prueba la comodidad del sofá. Se percata de la existencia de un maletín, cercano, bajo la mesa.)

POZO.- (Que no olvida su seguimiento del texto.) ¿No tendrías que estar ya... arriba?

TERESA.- Me quedan siete páginas.

POZO.- Seis.

TERESA.- Y después el entreacto.

POZO.- Pero... antes tienes... ocho líneas.

TERESA.- ¿Tantas?

POZO.- Sí.

TERESA.- Allí estaré.

(Pausa.

POZO repasa el diálogo entre FANNY y DIONISIO.)

VOZ DE FANNY.- ¿Pero le aplauden?

VOZ DE DIONISIO.- Muy poco... casi nada... como está todo tan caro...

(Suena muy fuerte el timbre de un teléfono. TERESA se levanta asustada. Luego se da cuenta de que es arriba, en el escenario, sonrío y se vuelve a sentar.)

TERESA.- La verdad es que me venía bien escaparme. De Máñez, ya sabes. Se está poniendo pesadito. Mira. (Le muestra una sortija que lleva puesta.)

(POZO no vuelve la cabeza.)

Perdona, creo que lo mejor será que me vaya.

POZO.- (Sin dejar de mirar al escenario.) Quédate, te... estaba escuchando. La... sortija.

TERESA.- Si no la has visto.

POZO.- Sí... la he visto. Te... sienta muy bien.

(Pausa. Acaban de entrar en escena las alocadas «girls del ballet de Budy Barton». Sin dejar de mirar hacia el texto, sonríe POZO.)

TERESA.- Pantorrillas frescas.

POZO.- La que hace de... Carmela... Es nueva.

TERESA.- ¡A ver...! (Sube los peldaños que desembocan en el tornavoz, se pega todo lo que puede a POZO para tener mejor ángulo de visión y busca con la mirada.) ¡Si es una chiquilla! ¡Y apenas ha ensayado! ¡Con tal de ahorrarse un duro el Mofeta es capaz de cualquier cosa!

POZO.- (Que siente muy a gusto la cercanía de TERESA, mira su nuca y se olvida por unos segundos del texto.) ¿El... Mofeta?

TERESA.- (Se da cuenta de que «Carmela» pasa por un apuro. Le recuerda, en plan apuntadora.) ¡... Y hasta se ha enamorado de mí...! (No lo dice lo suficientemente fuerte.)

POZO.- (Al quite, levantando un poco más la voz.) ¡Y hasta se ha enamorado de mí!

VOZ DE CARMELA.- ¡Y hasta se ha enamorado de mí!

(Superado el lapsus, sigue la escena.)

TERESA.- Lo haces estupendamente.

(A POZO le sienta muy bien el cumplido. TERESA baja de la concha y se sienta en la silla.)

Si al final terminas aprendiéndote todos los papeles. «¡Y hasta se ha enamorado de mí!». Di que es difícil. **(Imita a la actriz.)** «¡Y hasta se ha enamorado de mí...!».

POZO.- ¿Quién?

TERESA.- ¿Quién? ¡Ah!... El Mofeta, supongo.

POZO.- ¿El Mofeta?

TERESA.- Eso dice, pero lo que está claro es que lo único que quiere es meterme mano y cuando le da por ahí, mientras yo estoy en el escenario, deja sobre la mesa de mi camerino algún que otro regalito. Como éste: que debe de haberle costado un dínal. Y eso es lo que me extraña, con lo roña que es... **(Vuelve a mostrar la sortija, como evidencia.)**

POZO.- Brilla... mucho.

(Prosigue la acción arriba, con entradas y salidas continuas, puertas que se cierran y se abren, suena la música de un gramófono. Mucho diálogo disparatado.)

POZO.- ¿Quién es... el Mofeta?

TERESA.- Ríe. ¿No me digas que a estas alturas no sabes a quién le llamamos el Mofeta?

(POZO mira hacia el escenario y apoya las últimas intervenciones de «Carmela».)

Claro que aquí, de qué te vas a enterar. Esto es peor que una cloaca.

POZO.- Vidal le llama el... culo del teatro. **(Ríe.)**

TERESA.- Vidal siempre tan acertado: y más en los tiempos que vivimos, aunque como escondite está fenomenal. ¿Qué hay ahí detrás...? ¿Algún cuartucho más?

(POZO no contesta.)

Y seguro que hasta hay ratas.

(POZO asiente.)

Y qué importa: también las hay arriba. Por mi camerino suele pasarse una así de chiquitina, siempre cuando me estoy maquillando, querrá aprender, digo yo. Qué tontería: seguro que las ratas son más inteligentes que nosotras, no creo que necesiten maquillarse el hocico para enamorar a sus ratones, ¿no crees?

(POZO parece estar sólo en el escenario.)

El mofeta: Máñez, de quién si no hemos estado hablando, menudo roedor ¿Hay alguien que huela peor en todo el mundo? Cuando entra en mi camerino después tengo que pedirle a la Claramunt ese perfume suyo y rociar la habitación, si no es insoportable. Y no digamos cuando... cuando... ya sabes. (Pausa.) Oye. Pozo...

POZO.- Mmm...

TERESA.- (Adoptando una actitud un tanto incómoda.) La verdad es que si he bajado ha sido para pedirte algo muy especial... aunque no sé si, ahora... con todo este lío...

POZO.- ¡Mme. Olga! ¡Acaba de entrar Mme. Olga! ¡Te está buscando el... traspunte!

TERESA.- Ya voy, ya voy... Hay que ver cómo vives tu trabajo... hijo, qué pasión...

(Se incorpora. Aplaza, resignada, su pregunta. Lee el título del libro que hay sobre la mesa. *Relatos de un cazador*... Va hacia la escalera de caracol, empieza a subir.)

POZO.- Teresa...

TERESA.- Qué.

POZO.- Me gusta... el anillo. De... veras.

TERESA.- A mí no, quiero decir, no me gusta porque viene de quien viene, bueno, supongo que viene de él -no conozco a ningún otro hombre que pueda derrochar de esta manera- aunque reconozco que sí, es bonito... pero... ya me entiendes... no huele a limpio...

POZO.- Y por qué lo llevas.

TERESA.- Cosas mías. De todas formas lo llevaré sólo un tiempo, ¿sabes?, después a lo mejor lo vendo. No están los tiempos para joyas y hay gente por ahí que está muy necesitada. **(Lo ha dicho antes de empezar a subir.)**

POZO.- Qué era eso que... me... querías pedir...

TERESA.- En otro momento, creo que mejor te lo digo en otro momento.

POZO.- Como dice... Dionisio: **(Imita la voz del actor.)**
¡Bueno! Sonríe... Oye... **(Tose.)**

TERESA.- Qué...

(Deja de toser.)

POZO.- Gracias...

TERESA.- ¿Por?

POZO.- La visita.

(TERESA le devuelve ahora la sonrisa, como una despedida, y sube con bastante prisa: le toca intervenir. POZO se concentra en el texto. Suena un teléfono varias veces sobre el escenario. Alguien lo coge, PAULA / TERESA entra en ese instante y charla con DIONISIO, son las últimas líneas del Primer Acto que POZO sigue con embeleso. El último párrafo de la muchacha lo repite POZO al unísono, de memoria.)

TERESA/ PAULA/ POZO.- Entre usted... se lo pido yo... sea usted simpático... está ahí Buby, y me molesta Buby. Si entra usted ya es distinto... estando usted yo estaré contenta... ¡yo estaré contenta con usted...! ¿Quiere?

VOZ DE DIONISIO.- Bueno.

(**POZO lo imita: «¡bueno!».** Vuelve a sonar, insistentemente, el teléfono. «Bueno», repite varias veces entre la parodia y el juego. Y empieza a bajar el telón al tiempo que suenan los primeros aplausos del público.)

III. DISPARA

Arriba: a vista de pájaro

Los aplausos del teatro se funden con otro tipo de aplausos, más festivos y lejanos, entremezclados con notas de pasodoble y vocerío en general.

Está cayendo la tarde. POZO agachado tras el murete que delimita la azotea, observa con sus prismáticos el gentío que abandona la plaza de toros, allá abajo. Tiene el arma ya montada. Busca su objetivo, rastrea, regula las lentes.

De vez en cuando se separa de los prismáticos. Los últimos rayos de sol recortan desde poniente su silueta ámbar y le tendrían que ayudar a reconocer el bulto escogido. De repente, oye pasos cercanos. Se agarra a la sarasqueta y apunta hacia donde presupone que llegará tan inesperado visitante.

Entra MÁÑEZ, cansado de subir peldaños. POZO baja la escopeta.

MÁÑEZ.- Falsa alarma, la perdiz ha volado.

POZO.- ¿Ha... salido ya? Como lo... vi a usted solo, pues...

MÁÑEZ.- Ni siquiera ha entrado, alguien le debió de dar un soplo y, maldita sea, lo que daría por saber quién cojones habrá sido. Y no lo entiendo... un topo... tiene que haber sido un topo, eso es de cajón... pero ¿quién?, ¿dónde? **(Le cuesta hablar; respira con dificultad, no se sabe si está más cansado o enfadado.)** Mecagoen. ¿Sabes lo que es un topo?

POZO.- No he... cazado ninguno.

MÁÑEZ.- Lo que me faltaba hoy: no me refiero a ese tipo de topos. Hablo de alguien que se enteró de nuestro plan y previno al pájaro. **(Resopla la fatiga. Se sienta sobre el borde de la azotea.)**

POZO.- Podía... haber cogido usted... el ascensor. **(Empieza a desmontar el arma.)**

MÁÑEZ.- Nada de ascensores, ya te lo he dicho: para nadie. Y tampoco creas que me fío de esos trastos modernos.

POZO.- Yo... tampoco. Me dan... miedo.

MÁÑEZ.- Cuanto más discretos seamos, mejor para todos. Entiéndeme: no corres ningún peligro, a ver quién es el guapo que nos... que te va a denunciar... pero las cosas o se hacen bien o no se hacen. Por algo tenemos fama de ser lo que mejor funciona en el país. Incluso se habla de nosotros en el extranjero. ¿Sabes cómo nos llaman en Madrid? La brigada Flitz. **(Imita el émbolo del antimosquitos.)** La brigada Flitz: no dejamos ni uno y somos igual de silenciosos. ¿Lo has cogido?

POZO.-... No.

(MÁÑEZ lo mira fijamente.)

MÁÑEZ.- Tú qué vas a coger. **(Saca el puro a medias que dejó de fumar en el coso, se lo vuelve a encender.)** A lo mejor es que el capullo entendía de toros y por eso se olía el percal.

(A POZO lo de oler le ha recordado algo y se acerca a MÁÑEZ, a quien huele sin demasiado disimulo.)

¡Vaya petardo de corrida! Indignante: al Domingúin ese es ponerle un toro de verdad y cagarse en los pantalones. Ni un natural. ¿No oías desde aquí los pitos?

POZO.- Sí. **(Sigue oliendo.)**

MÁÑEZ.- Se puede saber qué coño haces, muchacho?

POZO.-... Oler.

MÁÑEZ.- ¿No me irás a decir que te molesta el olor a puro?

POZO.- No.

MÁÑEZ.- ¿Entonces?

(POZO no contesta, sigue oliendo ahora sin dejar de poder evitarlo y se da cuenta de que TERESA tenía razón.)

Estás peor de lo que me creía...

POZO.- Sí.

MÁÑEZ.- Adelante, huele, huele. Sé que tengo un olor muy especial. Algunas mujeres dicen que despido un olor inconfundible, fuerte, a macho, supongo. A ellas les gusta, desde luego. Oye ¿no serás tú...?

POZO.- ¿... Qué?

MÁÑEZ.- ¿A ti te gustan las mujeres, como a todo el mundo, no?

POZO.- No... todas.

(MÁÑEZ por fin ríe. Sienta bien reírse de los tontos. POZO comparte esa sonrisa aunque no entiende muy bien por qué. MÁÑEZ entonces dice entre dientes -aunque tampoco le importa demasiado si POZO se da por aludido-.)

MÁÑEZ.- Pedazo de cretino.

(Pausa.)

POZO.- ¿Y los... aplausos?

MÁÑEZ.- ¿Qué aplausos?

POZO.- Había muchos... al final. Se oían desde... aquí.

MÁÑEZ.- Pues sería por eso, yo qué sé: imagino que sería porque se acababa todo y porque el que ha tomado la alternativa no lo ha hecho tan mal; ahora, el resto: ¡vaya mierda! (**Mirando hacia abajo.**) Y eso que yo tengo un pase de Gobernación, que si tengo que pagar... bueno, lo llevan claro. Mira: todavía está saliendo la gente. (**Da un repaso con la mirada a los distintos puntos que se divisan desde la azotea.**) No te podrás quejar.

POZO.- Qué.

MÁÑEZ.- El paisaje: no hay otro igual en la ciudad. Desde aquí lo controlas todo: la estación, la plaza de toros, el Metropól, el parque... el cine... ¿No te sientes un poco... cómo diría yo... un poco, y que me perdone el santísimo, como Dios?

POZO.- No.

MÁÑEZ.- El sueño de un cazador: cada presa en su sitio.

POZO.- Me... gusta más... el coto del Negral.

MÁÑEZ.- Me refiero a esto, al paisaje urbano. No creas que resultó fácil encontrarlo. Estuve casi un mes buscando un lugar como éste. Y, además, un poco más abajo, en la quinta planta, la delegación de Información y Turismo, recién estrenada, casi nada, menuda tapadera. Y, ya el colmo, a este lado de la terraza una pequeña escalera, como en los pisos americanos, por si hay que salir zumbando. Estos edificios modernos no se privan de nada. Todo a huevo. Aunque me sigue pareciendo un poco alto para...

POZO.- No, está... bien. En el pueblo... disparaba desde más lejos.

MÁÑEZ.- ¿Y acertabas?

POZO.- Casi siempre.

MÁÑEZ.- Aquí no puede darse el casi, ya lo sabes: hay que dar en la diana.

POZO.- Es que allí tiraba... a pelo.

MÁÑEZ.- A pelo. ¿Sin esa mira telescópica te refieres?

POZO.- Sí... bang... a pelo.

MÁÑEZ.- El rifle y ya está.

POZO.- Rifle no..., escopeta...,

MÁÑEZ.- Qué más da.

POZO.- Sin... esto.

MÁÑEZ.- Visor...

POZO.- Para qué...: una perdiz... Bang.

MÁÑEZ.- Pero hay que asegurar: éstos son otra clase de perdices. Caza mayor.

POZO.- Ya.

MÁÑEZ.- Estos son cabrones que nos chupan la sangre a toda España. Toma.

(Le entrega un sobre.)

POZO.- Pero si...

MÁÑEZ.- El trabajo es el trabajo. Has estado aquí más de dos horas. Verás que no está todo, falta algo. Cuando termines la faena tendrás otro. Quiero decir: otro sobre. De todas formas, van quedando pocos, y eso es bueno para todos. Y, en parte, gracias a ti, a tu puntería.

(POZO se guarda el sobre.)

Algún día, cuando seas un viejo, pensarás en todo esto y respirarás orgulloso, así. **(Inspira y suelta una bocanada de humo.)** Y le contarás a tus nietos: yo limpié la patria de alimañas.

POZO.- Me... tengo que marchar, hay... función.

MÁÑEZ.- Tranquilo, hombre, que queda tiempo. Te doy permiso para que llegues unos minutos tarde.

POZO.- Es que... hay mucha gente ahí abajo. Me va a costar... cruzar hacia el... Princesa y... Hasta que no llego, no... empiezan.

MÁÑEZ.- Serás lo que serás, pero a profesional no te gana nadie...

POZO.- Me... gusta llegar un poco antes..., ya sabe... para prepararlo todo.

MÁÑEZ.- ¿Y qué haces con ese dinero? ¿Putas?

POZO.- No.

MÁÑEZ.- A saber lo que harás: ¿lo envías al pueblo?

POZO.- Ahora ya...

MÁÑEZ.- Perdona, perdona ¿cuánto hace?

POZO.- Casi... un año.

MÁÑEZ.- Vaya.

(**POZO no contesta, se quiere marchar.**)

Por mí puedes hacer lo que quieras: mientras, como dice el Caudillo... el Generalísimo... ¿Sabes a quién me refiero, no?

POZO.- Creo... que sí... bueno, más o... menos... La gente habla mucho de... él. Ese... señor bajito de bigote que... le gustan los pantanos...

(**MÁÑEZ sonríe.**)

MÁÑEZ.- Pues eso, sigue la consigna de ese señor bajito pero grande como nadie: el Caudillo; hay que hacer lo que hace él: no meterse en política. Si todos siguiéramos su consejo no pasarían estas cosas y no estaríamos ahora tú y yo hablando aquí, sobre esta azotea, a la caza de indeseables fichados. Mira lo que te digo: todavía va a costar levantar esta nación que han querido hundir en la miseria unos pocos. Y no va a resultar tan fácil como algunos suponen limpiarla de buitres, pero entre todos, y con la ayuda de tu... ¿cómo se llama ese trasto, que nunca me acuerdo?

POZO.- Sarasqueta.

MÁÑEZ.- Suena a vacuence.

POZO.- No sé... Me... la regaló mi tío... hace... Hace mucho

MÁÑEZ.- Pues con la ayuda de tu sarasqueta lo conseguiremos.

POZO.- (Imitando a Dionisio, de nuevo.) ¡Bueno! **(Se va a marchar.)**

MÁÑEZ.- Una última cosa: no te creas que nos olvidamos de esta perdiz: Es un pez gordo con alas, más listo que los otros, puede ser, por algo es uno de sus jefes. Pero es igual: no se nos va a escapar, por estos cojones, estate prevenido ¿de acuerdo? Cuando sepa algo nos vemos donde siempre y te cuento.

(POZO asiente.)

Así que te gusta mi olor... vaya, vaya.

(POZO sonrío: sabe que una sonrisa siempre se lee a gusto de todos. Sale con su maletín. MÁÑEZ se le queda mirando, luego da una chupada al puro y vuelve a su paisaje preferido: todo a sus pies, bajo control.)

IV. APUNTA

Abajo: el culo del culo del mundo

VIDAL, viejo apuntador, ha encendido el flexo y hojea el libro que hay sobre la mesa. Junto a él ha dejado un pequeño paquete. Todavía no ha empezado la función, así que el escenario está con el telón echado. Llega el sonido del público que está empezando a llenar el patio de butacas.

Baja por la escalera de caracol TERESA, vestida, ya de PAULA, lleva un ramillete de margaritas metido en un pequeño florero. Pisa los peldaños con cierta prisa, pensando que se iba a encontrar a POZO.

TERESA.- ¡Vidal!

VIDAL.- Vaya, vaya, mi pequeña Xirgú... Qué sorpresa.

(Se levanta. Se abrazan con afecto.)

(Por las flores.) ¿Son para mí?

(TERESA las deja junto al libro.)

TERESA.- Si hubiera sabido que estabas aquí habría traído más. Quería ver si le daban un poco de alegría a este cuchitril... pero... ¿Por dónde has entrado? No te he visto cruzar por camerinos...

VIDAL.- Este teatro no tiene secretos para mí... Teresita.

TERESA.- No me digas que hay puertas misteriosas que llegan hasta aquí.

VIDAL.- Y pasadizos y hasta un fantasma muy guapo que suspira por las actrices en edad de merecer...

TERESA.- Tonto. Oye: estás fenomenal, te encuentro hecho un chaval...

VIDAL.- Qué bien mentís las actrices... Tú sí que estás preciosa, como siempre, un poco más flaca, pero hecha un bombón.

TERESA.- En serio, te encuentro muy bien: claro, como te dedicas a la buena vida y ni siquiera te dignas a hacernos una visita de vez en cuando...

VIDAL.- No creas que es por falta de ganas... Ya te he dicho muchas veces que el teatro es malo para la salud, pero, bueno, algunos no tenemos remedio...

TERESA.- Entonces... se puede saber por qué desde que empezó la temporada que no te pasas por aquí... mal amigo... si supieras lo que algunos te echamos de menos...

VIDAL.- Estuve en el pueblo, por lo de Wizner. Ya que no me pude despedir de él vivo, pues lo hice llevándole unas cosas a su tumba. A él sí que le debía una visita de verdad... y lo que son las cosas, hice temporada allí... hasta que el frío empezó a jorobarme los huesos. Y hablando de Wizner; ¿Dónde demonios se ha metido Pozo?

TERESA.- Eso quisiera saber yo... También venía a verlo.

VIDAL.- ¿Cómo está?

TERESA.- Como siempre, sigue siendo el mismo pedazo de pan que cuando lo viste por última vez. Y lo hace muy bien.

VIDAL.- ¿Qué es lo que hace muy bien?

TERESA.- Pero qué estás pensando, picarón. Si es como un chiquillo.

VIDAL.- Un chiquillo con un cuerpo de hombre, no lo olvides.

TERESA.- Sabes que me refería a todo esto, a lo que tú le enseñaste: es casi tan buen apunte como tú. Mira que le cuesta hablar, ahora bien: es subirse ahí y asomarse a la concha y no le tiembla la voz lo más mínimo.

VIDAL.- (**Le muestra el libro.**) ¿Ves este libro?

TERESA.- Lo descubrí hace un par de días.

VIDAL.- Pues, aunque te cueste creerlo, es el único que ha leído en toda su vida. Se lo sabe de pe a pa. Me contaba Wizner que le enseñó a leer con él. Habla de caza, naturalmente, son historias sobre cazadores de la estepa rusa: ahí es nada. Cada día su tío le hacía leer un par de páginas, en voz alta. Así que toda su escuela está metida aquí dentro. Tampoco hace falta más. Por eso no me cabe duda de que será un buen apuntador.

TERESA.- Tuvo el mejor maestro.

VIDAL.- Yo le enseñé cuatro cosas. Cuando el bueno de Wizner me dijo que se iba al otro mundo y que le echara una mano a su sobrino pensé que se me venía una buena encima. Al verlo por primera vez me dije: y dónde coloco yo a esto... Conozco bien mi pueblo y de allí no han salido más que ignorantes y bestias pardas, pero Pozo, quien sabe si por lo que le pasó..., el caso es que, sí, puede parecer que tenga pocas luces a primera vista, pero engaña, te lo aseguro: tiene mejor mollera que tú y yo juntos...

TERESA.- Y un buen corazón...

VIDAL.- En eso le ha salido a su tío... que en paz descanse.

TERESA.- Creo que debería subir a avisar al traspunte...

VIDAL.- Algo le habrá entretenido, no te preocupes, sabe que tiene que estar aquí media hora antes...

TERESA.- Y siempre está. Antes de que empecemos a maquillarnos ya se baja él aquí a preparar sus cosas. Subo un momento y estoy contigo enseguida: no salgo hasta la página diez.

VIDAL.- No hace falta que digas nada. No se van a enterar y así se libra de los gritos del gordo. ¿Qué hacéis esta noche?

TERESA.- ¿No lo has visto al entrar?

VIDAL.- No.

TERESA.- ¿Entonces por dónde has entrado?

VIDAL.- Por la puerta de artistas. Por dónde si no...

TERESA.- Mentira. Te hubiera visto.

(El viejo sonrío.)

Tres sombreros, aunque ya conoces al Mofeta, llevamos cuatro más de repertorio... y las vamos alternando. Cuando no tenemos que quedarnos a ensayar por la noche...

VIDAL.- Estupendo: no olvides nunca que el repertorio es el pan de los apuntadores, el día que se acabe, el primero a la calle: el consueta, se acabó nuestro oficio. Así que cuanto más repertorio, más faena.

TERESA.- Si no me quejo de eso, Vidal, pero te puedes imaginar qué tipo de repertorio es el que llevamos.

VIDAL.- El Tenorio...

TERESA.- Faltaría más.

VIDAL.- El divino impaciente, por supuesto.

TERESA.- Y el resto es tres cuartos de lo mismo, con decirte que retiramos *La Malquerida* porque la Junta había puesto mala cara el día del pase: estaremos a régimen muchos años...

VIDAL.- Qué le vamos a hacer.

TERESA.- Aguantar. (**Repasa la sordidez de su alrededor.**) Es la segunda vez que visito vuestro... culo. Le pusiste bien el nombre.

VIDAL.- El culo del culo, sí señorita. Si ya de por sí el teatro es el culo del mundo, esto, imagínatelo.

TERESA.- Y seguro que también se te ocurrió a ti lo de «Pozo».

VIDAL.- A Pozo no le puso nadie ese nombre, Pozo ya se llamaba así.

TERESA.- ¿No es un mote?

VIDAL.- No. Se lo puso su tío cuando lo rescató de aquel maldito pozo negro. ¿No te lo ha contado él?

TERESA.- Habla bien poco... Ya lo sabes.

VIDAL.- No tendría más de tres años. Al parecer su madre lo abandonó allí, en uno de esos pozos poco profundos de los que está lleno el campo, y el bueno de Wizner -eso me lo contó personalmente- una noche que volvía de caza oyó como unos gemidos. Decía que se parecían más a los maullidos de un gato que al llanto de un pequeño. Y allí estaba el chaval: muerto de frío, sin aliento apenas para llorar. Como Wizner siempre había vivido más solo que la una, se lo llevó a su casa, lo cuidó y entre otras cosas le buscó un nombre: Pozo. La imaginación nunca fue su fuerte. Menos mal que no se lo encontró en un retrete. A saber cuánto tiempo llevaba el pobre crío metido ahí dentro. No empezó a hablar hasta pasados un par de años. Demasiado normal está.

TERESA.- Entonces su tío Wizner no es realmente su tío...

VIDAL.- Wizner ha sido su tío, su padre, el maestro y la madre que lo parió. La tierra para el que la trabaja, ¿no?

TERESA.- Por supuesto. Ahora entiendo por qué se siente tan a gusto aquí, en esta boca de lobo.

VIDAL.- Es un sitio como otro. Terminas acostumbrándote.

TERESA.- Espero que le gusten las margaritas. **(Pausa.)** Pues nada, hasta que vuelva Pozo ¡el Teatro Princesa contará con un sustituto de lujo: el mejor apuntador de Valencia! Y de España.

VIDAL.- Que cada día ve peor, pero ya me apañaré...

(TERESA le besa en la frente.)

Y tú, ¿sigues viendo en color rojo?

TERESA.- A mi manera.

VIDAL.- Vais quedando pocos.

TERESA.- Suficientes.

VIDAL.- Lleva mucho cuidado, cada día resulta más peligroso.

TERESA.- Lo sé, Vidal, lo sé, pero siempre es preferible hacer algo que quedarse con los brazos cruzados.

VIDAL.- Poco hay que hacer. Esto se parece cada vez más a una mala función que dura sin que te lo expliques: a muchos nos gustaría cambiarla, pero el gerente no quiere, y uno termina resignándose. Y a este paso llegará a las mil representaciones... o más.

TERESA.- No quiera Dios...

VIDAL.- Lo peor es que ése está de su parte.

TERESA.- ¿Y qué queda de ese viejo anarquista que me llenaba la cabeza de pájaros?

VIDAL.- Lo mismo que todos: la resignación. Y los sueños. Ya he peleado bastante. Se me ha ido muriendo o me han matado todo lo que quería, qué te voy a contar, ya sabes, entre ellos un hijo. Ahora sólo creo en los milagros.

TERESA.- ¿Tú? ¿Milagros?

VIDAL.- Un milagro: hay un terremoto y, no sé por qué carajo, solamente se traga a los fascistas que pueblan la tierra, los demás, como si nada. Llámalo sueño si quieres. Ya sé que no se va a cumplir, pero algo tiene que mantenerme vivo.

TERESA.- Tampoco te creas que hago mucho, pero siempre se puede echar una mano.

(Pausa. Sonríen. Se miran.)

VIDAL.- ¿El próximo montaje?

TERESA.- Un congreso, el quinto, creo, aunque no me hagas demasiado caso, no me permiten entrar en honduras y mejor también que tú no te enteres. Lo llevan con mucho misterio, andan en preparaciones. Dicen que es preferible saber poco, por si te pillan. Los de la secreta son unos artistas haciendo que cantes...

VIDAL.- Si se lo proponen... hasta la Traviata.

TERESA.- A lo más que llego es a pasar información, si se tercia.

VIDAL.- Que ya es bastante. Y cómo lo consigues.

TERESA.- Entre otras cosas, aguantando malos olores.

VIDAL.- Ya. El Mofeta.

TERESA.- Ya sabes lo que siente las tablas: igual que una termita. Nada más irte tú le visitaron los de la Brigada. Ahora ya no nos cabe ninguna duda: es uno de ellos y utiliza el teatro para llevar sus trapicheos. Y aquí entro yo: en la cama a los hombres se os suelta la lengua. Como tú acabas de decir: qué le vamos a hacer. A las mujeres nos pusieron la dinamita en la entrepierna.

(Suena el timbre dos veces.)

Tres minutos.

VIDAL.- Bueno, iré preparándome. **(Busca el libreto de *Tres sombreros de copa*.)**

TERESA.- ¿Entonces es verdad eso de que por ahí dentro hay pasadizos y...?

VIDAL.- Unos cuantos, ¿de verdad que te interesa saberlo?

TERESA.- Sí.

VIDAL.- Por eso quieres hablar con él.

(POZO ha aparecido de repente, como un espectro. Se ha desprendido ya del maletín y de la gabardina con la que le acabamos de ver en la escena anterior; viene como si hubiera corrido la maratón, tose un par de veces.)

TERESA.- (Tras el susto.) ¡Pozo, no te he visto bajar...!
¡Ahora el susto me lo has dado tú a mí...!

VIDAL.- Llegas a tiempo, chaval, acaba de tocar el primero...

POZO.- Menos mal... Hola... Teresa. Hola, Vidal... ¿Cómo... estás?

VIDAL.- Muy bien, muy bien... ¿Y tú?

POZO.- Sudando... Por la... carrera...

(POZO no sabe qué hacer: Le apetece abrazarlo. VIDAL se levanta y tras un pequeño gesto, se abrazan.)

¿Dónde... te has metido?

VIDAL.- En el pueblo, visitando a tu tío.

POZO.- ¿Tiene flores?

VIDAL.- Siempre.

POZO.- La... Trudis. Le dije que todas las semanas fuera a... ponerle.

VIDAL.- Huele. **(Le muestra el paquete que hay sobre la mesa.)**

POZO.- ¡Vientos!

VIDAL.- Del horno de la Ermita.

POZO.- En Valencia no hay... vientos. **(POZO observa a TERESA. Ve las flores.)**

TERESA.- Las flores te las he traído yo.

POZO.- Son... muy, bonitas.

VIDAL.- Subo arriba, tengo mucha gente a la que saludar...
Bajo enseguida...

POZO.- En el entreacto. Y nos comemos los vientos.

(VIDAL besa a TERESA. Va a salir subiendo las escaleras pero se lo piensa mejor; tras mirar a la muchacha, le dice a POZO.)

VIDAL.- Teresita es de confianza, y ya no estoy para estos trotes.

(Sale por un lateral, se oye el sonido de una puerta que se abre, camuflada entre los bultos informes del sótano.)

TERESA.- Este sótano da mucho de sí...

(POZO sonríe.)

POZO.- No lo sabe... casi nadie.

(Suena ahora un timbre largo. Es el último aviso. La representación va a comenzar. POZO coge el libreto.)

Trece páginas.

TERESA.- Suficientes para que hablemos un poco.

POZO.- Tengo... que seguir el texto.

(En el rincón del escenario que podemos ver se abre el telón y va entrando la luz. Suenan algunos aplausos del público al ver que entran los dos actores que hacen de DON ROSARIO y DIONISIO.)

VOZ DE DON ROSARIO.- Pase usted, don Dionisio, aquí en esta habitación le hemos puesto el equipaje.

VOZ DE DIONISIO.- Pues es una habitación muy mona, don Rosario.

(Sigue el diálogo. POZO ya está parapetado bajo el tornavoz, atento al texto. TERESA, a pie de escalera, le susurra.)

TERESA.- Estos sí que no se equivocan nunca.

POZO.- Por... si acaso... A don Manuel... le... puede... fallar la memoria, es... muy mayor...

TERESA.- Te aseguro que no. Lo conozco desde hace mucho.

POZO.- ¿Y a... Toni?

TERESA.- ¿A ese creído? Ese tiene el cerebro de un sapo pero una memoria de elefante... **(Pausa.)** No tengo más remedio que hablar contigo. Ahora. Lo siento.

(POZO mira a TERESA y se da cuenta de que ésta pasa por un aprieto. Baja un par de peldaños para estar lo más cercano a ella, aunque no desatiende del todo el apunte. Intenta mirarle a los ojos, pero le es imposible.)

Te necesito.

POZO.- ¿A... mí?

TERESA.- Sí. Necesito que me hagas un favor, un favor muy grande.

POZO.- Qué... favor.

TERESA.- Que escondas a un amigo...

POZO.- Un amigo...

TERESA.- Sí.

POZO.- Tu novio.

TERESA.- No.

POZO.- Lo... quieres mucho...

TERESA.- Sí.

POZO.- Pero... no es tu novio.

TERESA.- No.

POZO.- Tu... hermano...

TERESA.- He dicho que es un amigo, un amigo muy especial. No me hagas preguntas por favor.

(Pausa.)

POZO.- ¿Esconderlo?

TERESA.- Sí.

POZO.- Se puede venir a la pensión... conmigo... A doña Remedios a lo mejor... no le importa.

TERESA.- No, no me refiero a ese tipo de escondite. Sería un suicidio para todos y tampoco quiero que esto te salpique. Lo que sí quiero es que lo escondas aquí, seguro que hay un rincón para él, donde sea. Esto está lleno de recovecos.

POZO.- ¿De qué?

TERESA.- De sitios donde él podría pasar algunos días mientras...

POZO.- Qué.

TERESA.-... Si no lo escondemos ahora creo que no se podrá esconder nunca más.

POZO.- ¿Y por qué quiere... esconderse? ¿Ha hecho algo malo?

TERESA.- No. Al contrario.

POZO.-...

TERESA.- Te aseguro que es bueno y lucha por la libertad y por todos nosotros...

POZO.- ¿Por mí?

TERESA.- Por ti también.

POZO.- Pero yo... estoy libre.

TERESA.- Hay muchos tipos de libertad, Pozo, algún día lo entenderás.

(Pausa.)

POZO.- Está bien.

TERESA.- Sabía que podía contar contigo.

(Aprovechando que POZO mira hacia el escenario, le da un pequeño beso en la nuca, muy cariñoso.)

POZO.- ¿Cuándo?

TERESA.- Mañana, o como mucho pasado. Ahora va de un sitio para otro intentando que le pierdan el rastro. Le pisan los talones.

POZO.- ¿Quién?

TERESA. Por favor: no me lo pongas más difícil, cuanto menos sepas, mejor ¿vale?

POZO.- Vale.

TERESA.- Ya te avisaré.

POZO.- Ya me... avisarás. Buscaré un... reco... veco para él, ahí atrás.

TERESA.- Eres un sol. **(Antes de irse le enseña un pañuelo.)** Mira.

(POZO vuelve la cara y lo ve. TERESA se lo pone al cuello.)

Me lo he encontrado encima de mi tocador hace sólo un rato. El último regalo del Mofeta, digo yo: ha aparecido de repente. Si sigue así se va arruinar. Es de seda china.

POZO.- Estás... muy guapa.

TERESA.- ¿Tú crees?

POZO.- Sin el pañuelo... también estás... muy guapa.

TERESA.- Eso es porque me ves con buenos ojos.

POZO.- Sí.

(TERESA sonríe la deliciosa candidez de POZO. POZO le devuelve la sonrisa.)

(Sube los peldaños que antes había bajado. Se va a marchar.)

TERESA.- Te haces querer, Pozo. Mucho.

(POZO hace como si estuviera ya en su trabajo y no lo hubiera oído, pero un escalofrío le recorre el cuerpo. Sobre el escenario, DON ROSARIO sigue mimando a su cliente. Se escuchan, de vez en cuando, algunas risas entre el público. TERESA sube por la empinada escalera de caracol. Se para durante unos segundos en los últimos escalones para abrir la trampilla que cierra el sótano. POZO gira entonces la cabeza y ve sus hermosas pantorrillas que quedan mágicamente iluminadas por un par de haces de luz que llegan desde arriba.

El apuntador intenta como puede concentrarse en el texto.

Se va haciendo oscuro en el sótano. Lo último que desaparece son las piernas de TERESA. Sigue la acción sobre el escenario del teatro, que poco a poco adquiere un tono luminoso más vivo. Los diálogos se funden con la alegre música que sale de la gramola. Y es que, de un salto, nos hemos situado en pleno baile, avanzada la juerga con la que se inicia el segundo acto...

La primera imagen con la que se topa la mirada de POZO vuelve a ser, precisamente, las pantorrillas de TERESA, inconfundibles, bailando ahora sobre la corbata. Después se alejan y son sustituidas por la actriz que hace de FANNY...)

VOZ DE FANNY.- Ande Vd., tonto. Que tiene una cabeza que parece una mujer bañándose...

VOZ DEL ANCIANO MILITAR.- ¡Oh, qué repajolera gracia tiene usted, linda señorita!

(Vemos, en efecto, unas botas de militar muy pegaditas a los tacones altos de la muchacha que se mueven a ritmo de charleston. El anciano militar tropieza con un conejo muerto que acababa de dejar allí el cazador, cosas del autor. El viejo le da un puntapié.

Se vuelve a iluminar el sótano.

Junto a POZO ha aparecido VIDAL. Observan desde su atalaya la fiesta. POZO sujeta el libreto con una mano y sin apartar la vista mordisquea el «viento» que lleva en la otra. Los dos comparten también su particular fiesta.)

VIDAL.- Por sus pantorrillas las conoceréis. Libro de Adán, versículo primero, capítulo último. Las pantorrillas son el termómetro de la mujer, hazme caso. Tú fíjate:

(Van pasando por delante de sus narices las respectivas pantorrillas de las actrices que hay en ese momento en escena.)

La Claramunt: poca cosa. Mira un poco arriba del talón. ¿Qué ves?

POZO.- Unos... hollitos.

VIDAL.- Debilidad. Demasiado huesuda, sin clase, desgarbada. ¿Qué ves más?

POZO.- No sé...

VIDAL.- Color.

POZO.- ... Blancas.

VIDAL.- Hay muchos tipos de blancas: pueden ser blancas pálidas, blancas amoratadas, blancas canela... o... incluso como la nieve. ¿Tú sabes que los esquimales distinguen hasta no sé cuantos tipos de color en la nieve?

POZO.- En el negral... hay también muchos colores en la tierra... y los de fuera... no los ven.

VIDAL.- Pues tú tienes que aprender a reconocer los colores de las pantorrillas de tus actrices. Es muy importante. Como la nieve o los ocres del Negral. Entonces... qué blanco...

POZO.- Blancas... blancas

VIDAL.- Bien. Eso quiere decir real genio y tequismiquis. Huir. No te fíes ni un pelo. Peligro. Se hacen la mosquita muerta y después terminan chupándote la sangre como una sanguijuela. Pasemos a otra. Ésa:

POZO.- Madame Olga. Felina... Aspic.

VIDAL.- Empiezo yo: Fuertes y maduritas.

POZO.- Y.. tienen puntos azules.

VIDAL.- Eso es, vas aprendiendo. En efecto: han perdido un poco de lozanía pero sigue perteneciendo a la misma hembra. Fíjate qué perfecto contraste con el empeine, como debe ser. Si yo te contara: por ella solía pasar la compañía en pleno -la masculina, por supuesto-. Yo, el primero. Esas pantorrillas siguen estando llenas de vitalidad: por muchas varices que tengan. El Mejor género: cariñosas y generosas a la vez. Fiables. ¡La Aspic!

(Le toca el turno ahora a TERESA.)

Teresa, Teresita. Veamos.

POZO.-... Preciosas.

VIDAL.- Por supuesto. Son como un libro abierto.

POZO.- Tú, Vidal, tú,... es que... me da... no sé...

VIDAL.- Te sube un cosquillo desde el estómago. A mí también me pasaba de joven.

POZO.- Y también por abajo. Aquí.

(VIDAL se fija entonces en la entrepierna de POZO y suelta una carcajada que tiene que taparse la boca para que no le oigan los de arriba. POZO engulle el trozo de «viento» que le quedaba y con esa mano libre tapa sus partes.)

VIDAL.- Qué barbaridad, hijo. Esto ya es otro cantar. Frena, chaval, aguanta.

POZO.- Sólo me... pasa... con... las pantorrillas de... Teresa.

VIDAL.- ¿Y cuando alguna pelandusca llega al escenario sin bragas?

POZO.- ¿Sin... bragas?

VIDAL.- ¿No me digas que no te has fijado?

POZO.- Yo no... no paso de las... rodillas...

VIDAL.- Pues pasa, hijo, pasa, que merece la pena. Ya verás qué espectáculo. Pero ¡si lo hacen para nosotros! Saben que somos los únicos que tenemos acceso a sus más ocultos... tesoros. Y de paso es su forma de decirte que quieren manteca...

POZO.- ¿Manteca?

VIDAL.- En sentido figurado.

POZO.- Ya... lo había entendido... manteca...

(Mueve con ingenuidad el pubis. VIDAL sonrío.)

VIDAL.- El problema es cuando hay dos a la vez que se dejan las bragas en los camerinos. O tres. Entonces hay que elegir. Y estar atentos al texto, que esa es otra. Después dicen que lo nuestro no tiene mérito. Ya lo irás descubriendo.

POZO.- A mí... sólo me pasa con... Teresa.

VIDAL.- Te ha dado fuerte, ¿eh? Se te pasará.

POZO.- No.

(Su mano sigue sobre la hinchazón.)

VIDAL.- No tienes por qué avergonzarte. Algún privilegio debíamos tener los apuntadores, ¿no crees?

(Pausa.)

POZO.- Háblame de... sus pantorrillas. Me... gusta. Enséñame.

VIDAL.- Sonrosadas, prietas, curva ascendente... ni te imaginas lo que eso significa...

POZO.- Qué.

VIDAL.- Que tiene las tetas bien puestas, es decir, que no las tiene caídas.

POZO.- ¿De... veras?

VIDAL.- Te lo juro. Son muchos años aquí, mucha experiencia acumulada. ¿Llegaste a conocer a La Fuensanta, en el pueblo?

(POZO asiente.)

Esa señora leía las rayas de la mano como nadie. Yo leo las pantorrillas de las mujeres. Créeme. Y no suelo fallar.

POZO.- Quiero que me enseñes.

VIDAL.- El tiempo te enseñará.

POZO.- Sigue.

VIDAL.- Por dónde íbamos.

POZO.- Por sus...

VIDAL.- Ya. Pues eso, que no se le caen, seguro.

POZO.- Más.

VIDAL.- Es inteligente y sensible, aunque un poco cabezona. Apasionada, muy apasionada...

(POZO está tan embelesado que no se percata de que sobre el escenario alguien le pide «¡apunte!». Acude en su ayuda VIDAL y le saca del aprieto. Sigue la escena.

POZO retoma el libreto e intenta seguir el texto.)

Ahora tú tienes que añadir algo sobre las pantorrillas de Teresa, vamos, dime algo, lo primero que se te ocurra. Y así damos por terminada esta lección...

POZO.- (Sin quitar la vista del libreto.) Mazapán.

VIDAL.- La verdad es que están para comérselas. Más.

POZO.- Una mañana de caza... en primavera... Chufa a mi lado... y el sol saliendo despacio... por los cañizos.

VIDAL.- No está mal, no está mal. Te sale la caza hasta por las pelotas, hijo.

POZO.- Sí.

VIDAL.- Cuando estuve ahora en el pueblo te vi en la foto del casino, con la perra y Wizner... el día ese que te dieron el premio. No tenías más de quince años y ya eras un cazador de primera... Pareces Búfalo Bill después de haber matado cien bisontes. Imagino que lo echarás de menos... La caza, digo. En Valencia hay buenos cazadores también... podías salir un día con alguno...

POZO.- Ya... lo hago... Vidal... ya lo hago.

VIDAL.- ¿Y dónde vais?

POZO.- No sé, arriba. Muy alto.

(Pausa. Continúa el Segundo Acto.

VIDAL saca de un bolsillo una pequeña cadena. Se la quiere dar a POZO.)

VIDAL.- Se me había olvidado. Me la dio para ti una señora que me encontré en el cementerio. Me dijo que si te encontraba que te la diera.

POZO.- Cómo... era.

VIDAL.- Alta, iba de luto... Y nunca miraba a los ojos, como tú.

POZO.- Quédatela, no... no la quiero.

VIDAL.- ¿La conoces?

POZO.- De... lejos.

VIDAL.- Podría ser tu madre...

POZO.- Mi... madre se llamaba... Wizner.

(VIDAL devuelve al bolsillo la cadena. POZO pasa página. Se ha puesto serio.

Se va haciendo oscuro en el garito, después las voces y la algarabía que reinaba en el escenario van disminuyendo gradualmente. DIONISIO está finalizando su monólogo.)

VOZ DE DIONISIO.-... ¡Yo quiero que me digan por qué está este señor negro acostado en mi cama! ¡Yo no sé por qué ha entrado el negro aquí ni por qué ha entrado la mujer barbuda...!

VOZ DE PAULA / TERESA.- ¡Dionisio! ¡Tonini! ¿Qué hace Vd?

VOZ DE DIONISIO.- Estaba aquí hablando con este amigo. Yo no soy Tonini ni soy ese niño muerto... Yo no la conozco a usted... Yo no conozco a nadie... Adiós... buenas noches...

(El público aplaude sin demasiado entusiasmo el mutis de DIONISIO. Y apenas si se oye la voz de PAULA / TERESA queriendo detener su salida. Vuelve la música de la gramola que se funde con los últimos aplausos al mismo tiempo que va remitiendo gradualmente la luz en el escenario del Teatro Princesa.

El oscuro en éste coincide con la iluminación parcial del garito, abajo. MÁÑEZ, de pie, acaba de darle al interruptor del flexo y contempla a POZO durmiendo plácidamente recostado en el sofá. El apuntador abre los ojos. MÁÑEZ se está quitando con el pañuelo que antes mostró TERESA restos de pintura de labios y algún rasguño peleón.)

MÁÑEZ.- Sabía que te iba a encontrar aquí...

POZO.- ¿Qué... le ha pasado?

MÁÑEZ.- Ya ves, no te puedes fiar de las gatas, primero tan zalameras y mimosas y, al menor descuido, zas, sueltan sus garras...

(POZO se incorpora.)

POZO.- Me... he quedado... dormido.

MÁÑEZ.- Hace más de dos horas que ha terminado la función. No queda nadie ya arriba. **(Ve los restos de «vientos» que hay esparcidos sobre la mesa.)** Esto cada día se parece más a una pocilga.

(POZO empieza a ordenar la mesa.)

Al asunto: mañana. Sobre las diez de la noche. El listo ha resultado ser más tonto de lo que creía.

POZO.- Pero a... las diez... hay función...

MÁÑEZ.- Olvídalo. He hablado con Vidal, él te sustituye, lo primero es lo primero.

POZO.- Es que... nunca he faltado a...

MÁÑEZ.- Coño, Pozo, que son cerca de las dos y no estoy para chorradas. Te estoy hablando de algo que tiene que ver nada más y nada menos que con la seguridad del Estado y tú te preocupas por una función de mierda... Dime qué cojones hay que hacer para que te enteres. **(Pausa.)** Mañana: **(Hace el gesto: un disparo.)** Bang. Y a otra cosa, mariposa: un capullo menos jodiéndonos. El mismo que se ha burlado de nosotros esta tarde morderá el polvo como una rata espachurrada. Todavía quedan algunos que se resisten a aceptar la derrota, como si no quisieran reconocer el éxito de nuestro glorioso alzamiento. Pues ellos se lo han buscado. **(Pausa.)** Sólo te estoy pidiendo que afines la puntería como siempre, nada más, ¿de acuerdo?

(POZO parece embobado.)

¿De acuerdo?

POZO.- De... acuerdo. (Pausa.) Le... queda... un poco de sangre.

(MÁÑEZ se toca con el índice la comisura del labio y después se lo lleva a la boca. Lo paladea.)

MÁÑEZ.- Sabe bien mezclada con carmín. Arroja el pañuelo al suelo. Y ahora escúchame bien: tú atento al restaurante del Hotel Metropol. Ya sabes dónde tiene la salida. ¿Lo sabes, no?

(POZO asiente.)

Hacemos lo de siempre: salgo yo primero y me enciendo el puro. Y a continuación -pongamos quince segundos, poco más-: la perdiz. Esta vez no se nos puede escapar. Mucho cazador eres tú para dejar volar tan poca presa.

(POZO asiente.)

Buen chico. Aunque no entiendas nada, estás haciendo grande a tu patria, hijo. Hay héroes que aparecen en los libros con letras grandes: el Cid, el general Mola... Para otros, como tú, como yo, está reservada sólo la letra pequeña, pero no te quepa duda de que el destino, Dios y, en una palabra, la historia de esta cruzada con mayúsculas te lo agradecerán. ¿Entiendes ahora?

POZO.- No.

MÁÑEZ.- Obras son amores, que no buenas razones.

POZO.- Eso... sí que... lo entiendo... Creo.

MÁÑEZ.- Pues entonces lo entiendes todo.

(POZO sale por donde antes lo hizo VIDAL.)

A las diez. Coser y cantar. ¡Topos a Máñez, jan! Y después, pues te vuelves al teatro, tan campante. Sin prisas, che, nada de prisas. Seguro que estás aquí antes de que acabe la función. Y si quieres relevas al viejo y aquí no ha pasado nada.

(POZO vuelve con el maletín.)

POZO.- (Sonríe.) Llegaré... al final del segundo acto.

MÁÑEZ.- Claro, hombre claro. Así me gusta. **(Le da un par de palmaditas.)** ¿Alguna duda?

(POZO dice no con la cabeza.)

¿No me irás a fallar ahora?

(POZO insiste con el no.)

Siempre he confiado en ti. **(Pausa.)** Cierra tú. Estoy que me caigo de sueño.

(MÁÑEZ se echa a la boca el resto de un «viento» que quedaba sobre la mesa.)

Coño, están buenos estos...

POZO.- Vientos... se... llaman vientos...

MÁÑEZ.- ¿Vientos? Qué cosas tenéis los de pueblo. Hasta mañana.

(Sale por la puerta falsa. POZO observa cómo se marcha. Recoge el pañuelo de TERESA. Lo huele.)

V. DISPARA

Arriba: un búho, dos disparos

Imagen muy similar al inicio que se va componiendo a ritmo de las diez campanadas que suenan relativamente cerca, desde el ayuntamiento. Noche clara y fría. POZO, arriba, frente al espectador, ya tiene el arma montada y la ha dejado apoyada sobre el borde de la azotea. Fija los prismáticos en un punto concreto en dirección a la puerta del restaurante y espera unos segundos. Tose. Apenas si nos llegan sonidos de ciudad: el paso de algún vehículo, alguna voz perdida, gente que entra o sale de la estación... Mira el reloj: en punto. Lanza el vaho hacia las estrellas como si fuera el humo que expulsa MÁÑEZ. Hace como si fumara uno de sus puros. Más vaho. Otro golpe de tos.

Algo le llama la atención: ha llegado el momento. Cambia los prismáticos por la escopeta, regula la mira y hace con la boca: «Bang»

Mientras sonríe.

Vuelve a hacerlo: «Bang-bang».

Después quita el seguro y su rictus se vuelve serio, casi pétreo. Espera diez segundos. Respira profundamente. Balancea el hombro. Asienta adecuadamente el arma. Empieza apuntando abajo y luego sube unos centímetros.

Dispara una vez.

Luego, otra.

Deja el arma. Vuelve a los prismáticos para comprobar que una vez más ha dado en el blanco.

Lanza más vaho, mira como sube hacia las estrellas y cae en la cuenta de que debe darse prisa si quiere llegar a tiempo.

Empieza a desarmar la sarasqueta con suma pericia y va encajando sus piezas sobre el maletín.

Abajo se escucha un lejano rumor: la sorpresa por una muerte que nunca recogerán los periódicos.

Se va haciendo oscuro mientras POZO termina de colocar su rompecabezas.

Nunca mejor dicho.

VI. APUNTA

Abajo: a ras de suelo

Ha acabado el segundo acto. Durante el intermedio, VIDAL dormita sobre un rincón del sofá, abrazado al libreto. Llega POZO. Ha entrado por la puerta oculta y le ha dado tiempo a guardar el maletín, pero todavía lleva puestos el abrigo, la gorra y los guantes. Saca el libreto con mucho cuidado de las manos dormidas del anciano y va hacia su puesto de consuea. Busca la página en la que se han quedado. VIDAL se despierta.

VIDAL.- Podías haber ido directamente a la pensión...

(POZO cuelga en el perchero la ropa de abrigo.)

Estarás cansado. No ha hecho falta ni soplar.

POZO.- ¿Y la nueva?

VIDAL.- Es horrible, pero se sabe ya el texto. **(Pausa.)** ¿Qué tal el trabajo?

POZO.- Bien.

VIDAL.- Me dijo el jefe que te había contratado.

POZO.- Sí.

VIDAL.- Dinero extra... ¿no?

POZO.- Dinero... extra...

VIDAL.- Todavía no han avisado de arriba, tenemos un par de minutos. Pero deja el libro, coño, y mírame a los ojos. Algún día tendrás que empezar a mirar cara a cara.

POZO.- Es que... me cuesta.

(POZO, en efecto, intenta en vano mirar a los ojos de VIDAL.)

VIDAL.- Ni que fuera aquel jabalí...

POZO.- Te... lo contó.

VIDAL.- Y no es motivo para que te avergüences. Le pregunté si sabía por qué siempre andabas con la mirada gacha, así. Y eso no está bien, Pozo, no está bien, sabes que te tengo mucho aprecio. Así miran los cobardes o los que tienen algo que esconder. Tú no eres de esos. Y me lo contó. Me contó que si no llega a estar a tu lado, aquel animal hubiera acabado contigo. Fuiste incapaz de dispararle: y eso que te venía de frente. Wizner no paraba de gritarte: ¡dispara, dispara! Y tú, ni caso.

POZO.- Aquel animal... me... miraba a los ojos. Me... dolía.

VIDAL.- ¿Qué te dolía?

POZO.- La... muerte. La llevaba escrita ahí. **(En sus ojos. En los del jabalí. POZO ha levantado la cabeza para mostrárselos, pero vuelve a bajarla enseguida.)**

VIDAL.- Pues si no llega a disparar tu tío, no estarías ahora, aquí, contándomelo.

POZO.- Sí.

VIDAL.- Algunos no llevamos la muerte en los ojos, hijo.

POZO.- Ya... lo sé. (POZO se muestra inquieto.)

VIDAL.- Está bien, está bien. Tranquilo, por mí puedes mirar donde quieras. De todas formas es normal lo que haces. Yo también lo hice.

POZO.- (Sorprendido.) ¿Sí?

VIDAL.- Pues claro. No querrás sobrevivir con la mierda que te pagan aquí por hacer esto. Cómo si no le hubiera dado de comer a mi familia estos años. Cada uno se busca las habichuelas donde puede o le dejan.

POZO.- Donde... puede.

VIDAL.- Lo mío siempre fueron las chapuzas, aquí y allá. Casi siempre en el teatro: que si echando una mano en los decorados, que si ayudando al utillero o en la taquilla o donde fuera. Y al final terminas aprendiendo un poco de todos los oficios, ya sabes, el teatro es así y terminas convirtiéndote en chico para todo. Que no te pase eso, Pozo, que no te tomen el pelo. Tú, si quiere, que te dé faena, pero apoquinando. Si no, te pasarás haciendo el primo la mayoría de las veces. Somos artistas. Recuerda la primera lección.

POZO.- Sí. En... la puerta de...

VIDAL.- Eso es, hasta allí te llevé. Estabas como un flan y bajo el umbral de aquella puerta te dije «lee».

POZO.- «Artistas».

VIDAL.- Y te dije...

(Como si se tratase del juego del recuerdo. A POZO le gusta.)

POZO.-... Entra.

VIDAL.- Todos los que pasamos por aquí somos iguales: «artistas», ya sea el acomodador o el director o la primera dama o el característico, ¿entendido?

POZO.- ¿Todos?

VIDAL.- Incluso nosotros...

POZO.- Los... apuntes.

VIDAL.- En ese momento pasa por allí el Mofeta y entonces...

POZO.- ¿También el... señor Máñez..., también él?

VIDAL.- La excepción confirma la regla, hijo. Creo que no entendiste aquello.

POZO.- Ahora... ya sí.

VIDAL.- Pues eso. Eres un artista. Y que no te tome el pelo.

POZO.- A mí... me paga bien.

VIDAL.- ¿El mofeta te paga bien?

POZO.- Sí.

VIDAL.- Qué cosa tan rara. ¿Por hacer chapuzas?

POZO.- Vamos... de caza...

VIDAL.- ¿Por la noche?

POZO.- Depende... también de día... o por la tarde.

VIDAL.- El caso es matar el gusanillo.

POZO.- Sí.

VIDAL.- Toma. **(Le va a dar un dinero.)** Me han dado esto por la cadena. Comprenderás que no la iba a tirar a la basura...

POZO.- No lo quiero, quédatelo.

VIDAL.- A mí el dinero no me sobra, ni te imaginas lo que me llega como pensión del sindicato... de artistas... hay que joderse... Si sabrán éstos lo que es un sindicato y lo que es un artista. Así que no me lo digas dos veces.

POZO.- Quédatelo, quédatelo... **(Sonríe.)** Lo he dicho... dos veces.

(El viejo sonríe también. Se guarda el dinero. Pausa. El Tercer Acto va a empezar: POZO se prepara. VIDAL recuerda algo importante.)

VIDAL.- Maldita memoria. Ha estado aquí Teresa. Debe de ser la única que se ha enterado del cambio. Necesitaba hablar contigo ya, andaba muy nerviosa con sus líos, le he dicho que igual venías para el último acto y me ha dicho que si llegabas antes de que empezara, que te acercaras a la concha en el oscuro.

(POZO sube un peldaño. Todavía no ha entrado la luz sobre el escenario. En la penumbra vemos a TERESA, está agachada frente a la concha y susurra su llamada.)

TERESA.- ¡Vidal...! ¿Ha llegado Pozo?

POZO.- Aquí... estoy, Teresa; ¿Qué... haces allí? ¡Vamos a... empezar ya!

TERESA.- Le he dicho al eléctrico que me dé un minuto y el traspunte ya está avisado. No tengo tiempo que perder, Pozo, escucha, es muy importante. Esta noche, nada más terminar la función. En la puerta de artistas.

VIDAL.- Vaya.

TERESA.- ¿Qué?

VIDAL.- Nada, Teresita, cosas nuestras.

TERESA.- Tiene barba y vendrá con una pequeña bolsa de viaje. Aquí tienes esta foto aunque está algo borrosa. Fíjate en la gabardina: traerá la misma.

(Le acerca la foto. POZO estira el brazo y la coge.)

Escóndelo bien. Dentro de unos días os haré una visita. Lleva mucho cuidado, por Dios, Pozo. Le vigilan por todas partes.

(TERESA se ha marchado a gatas y se acurruca bajo una cama, desde allí levanta la voz lo suficiente para que POZO la oiga.)

¡Pozo!

POZO.- ¡Qué!

(Empieza a sonar la gramola sobre el escenario.)

TERESA.- Te quiero un montón.

(La música sube de volumen y entra la luz. El ángulo de visión que nos permite el escenario hace posible que sigamos viendo el cuerpo de TERESA, convertida ya en PAULA, una vez que DIONISIO la intenta esconder bajo su cama del acecho del absorbente Buby. TERESA envía un beso con la mano.

DON SACRAMENTO grita entre bastidores.)

VOZ DE DON SACRAMENTO.- ¡Dionisio! ¡Dionisio!
¡Soy yo! ¡Soy don Sacramento! ¡Soy don Sacramento! ¡Soy don Sacramento!

VOZ DE DIONISIO.- Sí, ya voy...

(TERESA sonrío desde su escondite mientras se desarrolla el largo diálogo entre el futuro suegro de DIONISIO y éste. POZO sigue el texto.

Le cuesta apartar la vista de la chica.

VIDAL se le acerca.)

VIDAL.- ¿Te ha dicho Máñez lo de la gira?

POZO.- Qué gira.

VIDAL.- La gira. Os vais de gira.

POZO.- Dónde.

VIDAL.- No sé, por el norte, creo. Tu primera gira, la mejor.

POZO.- Cuándo.

VIDAL.- Pasado este fin de semana. Qué envidia.

POZO.- Por qué.

VIDAL.- Porque para un apuntador no hay nada mejor. Es en ese momento cuando de verdad somos imprescindibles. Vais con repertorio: por la tarde se hace una función y por la noche, si se tercia, otra. Y así un día y otro. Y ahí es cuando la memoria de éstos empieza a fallar, entonces entramos nosotros. Saben que sin nosotros están perdidos. Ya notarás la diferencia.

POZO.- Cómo.

VIDAL.- Te miran de otra forma. Pasamos de ser la última mierda a algo muy valioso. Ya lo creo. Y luego siempre cae alguna dieta. Y las pensiones.

POZO.- Las... pensiones.

VIDAL.- Las noches, después del bolo. No siempre, porque a veces iréis de un sitio para otro o pasaréis la noche en la estación y no tendréis tiempo ni para hacer una paradita, pero cuando se para, se para bien. Y por muy asquerosa que sea la pensión siempre hay tiempo para... Para...

POZO.- Ya... manteca. En... sentido figurado.

VIDAL.- Eso, manteca. Te vas a hartar. Fíjate en las bragas. Quiero decir: en las que no las llevan. Y acuérdate de lo que te conté.

POZO.- Yo... no...

VIDAL.- Quién sabe..., Pozo, quién sabe.

(POZO mira a TERESA y luego se fija por primera vez en la foto que le acaba de entregar.

La observa y le hace recordar algo.

Sobre el ciclorama, atrapado dentro del círculo del visor, se ven los bajos de una gabardina.

TERESA mira a POZO y de vez en cuando le gasta bromas con divertidas muecas a ras de suelo.

Se va haciendo oscuro en el espacio ocupado por los dos apuntadores.

Vemos entonces únicamente la cara de TERESA, que se va contagiando de extrañezas y dudas.

Sin saber por qué, le invade una repentina tristeza. La imagen del visor desaparece.

Y el diálogo continúa mientras termina de hacerse oscuro.)

VII. APUNTA

Abajo: primer y último acto

Sin apenas pausa suena el teléfono en el escenario, que se va iluminando poco a poco. Hemos vuelto al final del primer acto, en la representación del día siguiente.

El garito del apuntador permanece a oscuras.

VOZ DE DIONISIO.- ¡Es Margarita!

PAULA / TERESA.- ¿No entra usted?

VOZ DE DIONISIO.- No.

(Hay una pausa a destiempo. Un silencio que no debería estar ahí. Oímos la voz de TERESA sin brillo, intentando disimular como puede algo que le impide seguir siendo la divertida PAULA.)

PAULA / TERESA.- Entre usted... Le invitamos..., se divertirá.

VOZ DE DIONISIO.- Tengo sueño... No...

(Otro silencio. A PAULA le cuesta seguir el ritmo del diálogo.

Se ilumina el espacio de POZO y vemos a éste «apuntando», intentando sacar del lapsus a TERESA. Lleva una camisa distinta a la que le vimos en la escena anterior y sobre el perchero ha desaparecido la gabardina.)

POZO.- ¡De todos modos...! ¡De todos modos no le vamos a dejar dormir! ¡De todos modos...!

(Se mantiene el silencio matizado por un leve rumor del público que muestra su desaprobación. Aparece por la puerta falsa VIDAL, trae una pequeña bolsa con repostería. Se acerca a POZO, demasiado preocupado por lo que sucede en el escenario. Por fin arranca PAULA.)

PAULA / TERESA.- De todos modos no le vamos a dejar dormir...

(POZO respira aliviado por el momento. Tose. Ha cerrado el libreto y sigue las incidencias de TERESA de memoria.)

VIDAL.- Qué bien esa proyección: siempre dije que serías un consueca de primera. Y esos graves: perfectos. He venido a despedirme. Mañana echáis el cierre ¿no?

(POZO no deja de mirar preocupado hacia el escenario.)

VOZ DE DIONISIO.- Estoy cansado...

TERESA / PAULA.- Entre usted... Se lo pido yo... sea usted simpático...

(POZO apunta cada una de las palabras de PAULA y TERESA las sigue como hipnotizada.)

POZO / TERESA.- Está ahí Buby, y me molesta Buby. Si entra usted ya es distinto... estando usted yo estaré contenta... ¡Yo estaré contenta con usted! ¿Quiere?

VOZ DE DIONISIO.- Bueno.

(Se cierra una puerta sobre el escenario. Suena el timbre del teléfono. Se escuchan unos tímidos aplausos del público mientras baja el telón.)

VIDAL.- Te lo sabes de memoria...

POZO.-... Sólo... lo de... Teresa ¿Todo el repertorio?

(**POZO responde afirmativamente. No ha cambiado la orientación y continúa, bajo el tornavoz, encarando el escenario.**)

VIDAL.- Te decía que he venido a despedirme. Te he traído unas galletas, las ha hecho mi mujer para ti. Aguantarán bien durante toda la gira.

(**POZO no le presta apenas atención.**)

¡Coño, Pozo, deja eso por un momento...!

POZO.- Le... pasa... algo... le pasa algo.

VIDAL.- Le pasa lo que a todos. Que está contenta por la gira.

POZO.- La sastra... Me han dicho... arriba... a la entrada... que... se la llevan a Madrid. Dice que dicen que... que... que va... a hacer una función muy importante en el... Teatro Circo.

VIDAL.- Esas son palabras mayores.

POZO.- ... Dama joven...

VIDAL.- ¿Con la Ladrón de Guevara?

POZO.- Creo que... sí.

VIDAL.- Pues entonces... no sigas: eso es lo que le pasa, no hay que preocuparse...

POZO.- Es que... es la primera vez que le tengo... que apuntar.

VIDAL.- ¿Y el pollo?

POZO.- Quién.

VIDAL.- Lo has escondido donde las gelatinas y las lámparas... seguro... ahí no lo encuentra ni su padre... (**Va a ver si se lo encuentra allí.**)

POZO.- Te refieres al... amigo de... No... está.

VIDAL.- ¿Se ha marchado ya?

POZO.- No.

(Baja por la escalera TERESA, está muy afectada. Abraza a VIDAL.)

VIDAL.- Enhorabuena, criatura. Con que a Madrid...

TERESA.- **(Sin poder dominar la emoción, a punto de llorar.)** Vaya, al parecer todos se han enterado menos yo. El Mofeta ha ido corriendo la voz y lo único que sé es que ya me ha buscado sustituta, pero a mí todavía no me ha dicho nada.

VIDAL.- Tiene que ser verdad, Teresita. Ya verás: esperará a que termine la función de hoy para decírtelo.

TERESA.- Pero es que yo no quiero que ese cerdo me vuelva a dirigir la palabra.

VIDAL.- Así es la vida de la farándula. Tú tienes mucho talento y seguro que ese fascista pellizca su comisión. Pero tampoco es para ponerse así... no tienes que tener ningún miedo, tarde o temprano te llegaría dar el salto: que se prepare Madrid, va a conocer lo que es una actriz como la copa de un pino.

TERESA / VIDAL... No estoy así por eso... **(No puede aguantar más. Empieza a llorar.)**

VIDAL.- Mi niña... Si deberías estar dando botes de alegría... ¿Podemos hacer algo por ti?

TERESA.- Ya no. ¿Sabes? Puede que tengas razón y que no haya nada que hacer, pero yo pienso seguir intentándolo. Perdona: déjame a solas con Pozo, por favor.

VIDAL.- Pues claro, claro. Y tampoco hay nada que perdonar. **(A POZO.)** Ahí tienes las galletas, Pozo, me voy para arriba un momento.

(Sale VIDAL por el lateral.

POZO le da a TERESA un pañuelo, el mismo que dejó caer MÁÑEZ.)

TERESA.- Gracias. **(Reconoce el pañuelo.)** ¿Cómo ha llegado hasta ti este pañuelo?

POZO.- Lo... encontré en el suelo. Ya... no tiene sangre.

(**POZO le ayuda a secarse las lágrimas.**)

TERESA.- ¿Estuviste mucho tiempo esperando?

POZO.- Hasta que amaneció. (**Vuelve a toser.**)

TERESA.- Anoche hacía mucho frío.

POZO.- Un... poco.

TERESA.- Esta maldita humedad. (**Pausa.**) No va a hacer falta que vuelvas a esperarlo.

POZO.- Pero si nos vamos... pasado mañana,... esta noche todavía puedo...

TERESA.- Ni esta noche ni nunca.

(**Pausa. TERESA, con los ojos húmedos, mira a POZO. Éste, por primera vez, alza la vista y aguanta la mirada. TERESA se da cuenta de la novedad y alivia con una sonrisa la tristeza que traía puesta.**)

A algunos imbéciles nos sigue gustando soñar, pero ya se encargan ellos de despertarnos a tiempo. De todas formas he bajado para darte las gracias, sabía que podía contar contigo y sé que esté donde esté voy a echarte de menos. Te juro que me gustaría ir a la gira contigo...

POZO.- ¿Entonces... es verdad que te vas...?

TERESA.- A algún sitio me iré, supongo. Aunque si más de una vez he pensado en mandar a paseo todo esto y dejar esta puñetera profesión, también es verdad que ahora podría ser la ocasión. Sé que no va a ser así. El teatro, como dice VIDAL, perjudica la salud pero algunos no podemos vivir sin él. Y por eso tengo que aguantar al Mofeta, que si no...

POZO.- Ya... no te voy a... ver más...

TERESA.- Que te crees tú eso... No vas a perderme de vista tan fácilmente. Lo de Madrid, si cuaja, imagino que será sólo esta temporada y después volveré. Dicen que la Rabeles se ha marchado a México, igual tengo que sustituirla durante unos meses. A mí me tira mucho esta tierra y antes de lo que piensas me volverás a tener que apuntar en el Princesa, como hoy. Gracias, Pozo, si no hubiera sido por ti no sé cómo hubiera salido del paso. Tenía la mente en blanco.

(Pausa.)

POZO.- Lo... querías mucho.

TERESA.- Sí. Muchos lo queríamos mucho, por eso...

POZO.- Qué.

TERESA.- Se lo han quitado de en medio. Dos tiros, en pleno centro.

(Suena un timbre de llamada.)

Subo a maquillarme un poco, debo de estar hecha un cromo.

POZO.- No... Estás... como siempre.

TERESA.- Toma.

(Le devuelve el pañuelo.)

POZO.- No...: es tuyo...

TERESA.- No quiero nada de ese cretino.

POZO.- Quédatelo... por favor... hazlo... por mí. **(Se da cuenta de que lleva el anillo.)**

TERESA.- No he tenido tiempo de venderlo...

POZO.- No... lo vendas... te sienta bien...

TERESA.- Me lo pensaré: algo me dice que no me deshaga de él y no acierto a entender qué... Y no te preocupes más por el apunte.

(Se va a marchar, le besa en la mejilla.)

Mil gracias, Pozo.

(Entra VIDAL.)

Sois lo mejor de este teatro.

VIDAL.- ¿Estás mejor?

TERESA.- Sí, mucho mejor...

VIDAL.- El traspunte te anda buscando como loco.

TERESA.- Ya voy. Hasta mañana...

(Pausa.)

POZO.- Mañana es... nuestra... última función.

(Sube por la escalera con la prisa de quien no quiere despedirse.)

VIDAL.- Con esas pantorrillas, Madrid se rendirá a sus pies...
¿Eh, Pozo?

(POZO no dice nada, se le ha quedado la imagen de TERESA congelada en la mirada.)

¿Sabes de qué me he dado cuenta?

POZO.- De qué...

VIDAL.- De que eres un capullo: a Teresa sí la miras a los ojos...:

POZO.- ¿Sí...?

(Pero a VIDAL no: baja la mirada al tiempo que suena la gramola y sobre el escenario del Princesa, de nuevo los aplausos del público reciben la entrada del segundo acto. Se va haciendo oscuro en el espacio de los apuntadores.

El oscuro apenas dura un par de segundos. El escenario vuelve a iluminarse, ahora con un ambiente más sombrío. POZO vuelve a estar en su sitio: bajo la concha.

VIDAL, mientras tanto, sentado a la mesa, lee un fragmento del libro y come una galleta.

La función está finalizando.)

VOZ DE DON ROSARIO.- ... ¡Salga pronto, Don Dionisio...

VOZ DE DIONISIO.- Sí... Ahora voy...

VOZ DE DON ROSARIO.- ¡No! ¡No! Delante de mí... Yo iré detrás ondeando la bandera con una mano y tocando el cornetín.

VOZ DE DIONISIO.- Es que yo... quiero despedirme, hombre...

VOZ DE DON ROSARIO.- ¿Del cuarto? ¡No se preocupe! ¡En los hoteles los cuartos son siempre iguales! ¡No dejan recuerdos nunca! Vamos, vamos, don Dionisio...

VOZ DE DIONISIO.- Es que... Adiós.

VOZ DE DON ROSARIO.- ¡Viva el amor y las flores, capullito de azucena!

(Cruzan por delante de POZO los pies de DON ROSARIO y DIONISIO, que van a desaparecer por el foro.

Inmediatamente vemos las piernas de PAULA que siguen la misma dirección, pero regresan. A lo lejos suena el cornetín de DON ROSARIO interpretando una «bonita marcha militar».

PAULA / TERESA se agacha lo suficiente para que podamos ver que, improvisando la acción, ha cogido un sombrero de copa y lo lanza hacia el tornavoz, como si lo quisiera colar en un gran cesto. Acompaña el movimiento con un ¡alehoop! muy circense dirigido hacia el público y un guiño cómplice destinado a POZO, quien a pesar de lo inesperado de la acción, ha sido capaz de coger al vuelo el sombrero. Cae el telón. El teatro estalla en aplausos.

El elenco sale a saludar. Frente a la concha, una fila de piernas, se inclinan ligeramente hacia el público entusiasta.

POZO enseña el sombrero a VIDAL, que está demasiado enfrascado en la lectura y no se da cuenta, así que va hacia él y se lo coloca.)

VIDAL.- ¿Y esto?

POZO.- Un... regalo de Teresa...

VIDAL.- Esta chica cada día se inventa algo nuevo... Pobre muchacha: no sabe que lo suyo es ya una lucha perdida. Maldita testaruda.

(Pausa. Prosiguen los aplausos.)

Parece que, después de todo, la función ha gustado. **(Se quita el sombrero y lo cuelga en el perchero.)**

POZO.- Al... final... ha estado... como siempre.

VIDAL.- ¿Sabes? Estaba leyendo este libro, aquí, en el capítulo doce, donde pone...

POZO.- Las tres... reglas de... un buen cazador:

VIDAL.- Exacto. **(Recordando el texto, lo dice sin titubear.)**

POZO.- Primera: Sentir el movimiento de tu presa y compartir su tiempo. Segunda: Respirar profundamente hasta sentir sus latidos. Y tercera: lo importante no es disparar, sino apuntar como si fueras capaz de viajar muy lejos en un segundo hasta colocarte dentro de ella.

VIDAL.- (Pausa.) ¿Entiendes?

POZO.- ¿Qué?

VIDAL.- Son las mismas reglas que las del apuntador... Las mismas que te enseñé el primer día... Para mí que este ruso antes de ser cazador pasó por un teatro. Quizá por eso las aprendiste tan pronto... ¿No, canalla?

POZO.- Creo que... sí.

(Muy lentamente empieza a bajar en ese momento MÁÑEZ por la escalera de caracol.)

VIDAL.- Si antes lo nombro... Será mejor que me vaya. Mañana no vendré, tendrás muchas cosas que preparar y tampoco es cuestión de molestar...

POZO.- Tú no... molestas. **(Coge el libro y se lo da.)**

VIDAL, quiero... que me hagas un favor... Antes de salir... llévale esto a Teresa: se lo dejas en... la mesa de... su camerino, cuando ella no esté...

VIDAL.- ¿Tu libro?

POZO.- Sí. Pausa.

VIDAL.- Este sí que es un regalo. Es... el último...

(MÁÑEZ ya está junto a ellos.)

MÁÑEZ.- Hombre, Vidal, otra vez por aquí; ya veo que nos echas de menos...

VIDAL.- No a todos, señor Máñez, no a todos, pero sí, ya sabe usted que me tira mucho esto.

MÁÑEZ.- Y tú sabes que ésta siempre será tu casa. ¿Qué tal la familia? ¿Sigue bien?

VIDAL.- Bien, muchas gracias. ¿Y el trabajo? Ya veo que también bien.

MÁÑEZ.- No puedo quejarme, aquí -quiero decir, fuera del teatro- hay más trabajo de lo que la gente se cree. Sólo hay que buscarlo.

VIDAL.- Sí, claro. Me voy ya, había venido a despedirme... por la gira.

MÁÑEZ.- Sólo serán unos meses... Mira a Pozo.

VIDAL.- Cuídate mucho, chaval. Y acuérdate de mí cuando... los tesoros ocultos... Y no te preocupes si te ponen manteca para cenar... sienta muy bien al cuerpo...

(POZO ríe la complicidad. Se abrazan.)

Hasta la vuelta.

(VIDAL hace un ligero gesto de compromiso hacia MÁÑEZ y en esta ocasión se marcha escaleras arriba.)

MÁÑEZ.- No te veo muy contento, hijo. Por supuesto que vas a trabajar duro pero te aseguro que te lo vas a pasar en grande y vas a aprender otro tanto. De buena gana te acompañaba yo, pero he de seguir aquí, al pie del cañón... **(Sonríe.)** Por cierto, impecable.

(Le entrega un sobre con dinero, POZO lo coge y se lo guarda.)

Lo del otro día, qué quieres que te diga, en tu línea. Chapó, que dicen los franchutes. Los de arriba me han felicitado y eso significa que yo te tengo que felicitar. Somos un equipo. España es nuestro club, acuérdate. Como el Valencia. Te habrás enterado de que ha ganado la copa del Generalísimo.

(POZO no se ha enterado, desde luego.)

Vives en otro mundo, hijo, en otro mundo. Ya sabes que sigo pensando que es menos arriesgado apuntar a la cabeza, pero, bueno, tú sabrás por qué lo haces así...

POZO.- A la cara... no. Nunca he disparado... a la cara...

MÁÑEZ.- Siempre había entendido que los grandes lo hacían así: directamente al cráneo...

POZO.- Yo... apunto... abajo... y subo poco... a poco... hasta...

MÁÑEZ.- Como tú veas, cada genio tiene su manía; mientras sigas demostrando la misma puntería... adelante.

(**POZO empieza a recoger. El público ya ha terminado de salir del teatro. Saca bajo la mesa el maletín donde guarda el arma y se lo entrega a MÁÑEZ.**)

POZO.- Tome. Ya... no lo necesito.

MÁÑEZ.- Espera, hijo, precisamente de eso he venido a hablarte...

POZO.- Mañana es la última... función...

MÁÑEZ.- Y hay tiempo de sobra para hacer lo que te voy a pedir...

POZO.- No... ya no...

MÁÑEZ.- Un momento, Pozo, un momento. Aquí quien da las órdenes soy yo.

POZO.- Es que... sólo quiero... apuntar... ya... en el teatro.

MÁÑEZ.- A veces pienso si es que de verdad eres así de tonto o te lo haces. (**Pausa.**) ¿Crees que lo que me interesa de ti son tus dotes como apuntador? ¿Te crees que si no fuera porque eres un filigranas con ese rifle...

POZO.-... Escopeta.

MÁÑEZ.- ... ibas a estar trabajando aquí, de consuea? Pero mírame a la cara... coño, mírame a la cara...

(**POZO no lo mira.**)

¿Te crees que a mí me interesa tanta mierda de teatro y tanta mariconada? Doy una palmada y tengo un montón de holgazanes dispuestos a subirse al escenario o a bajarse si llega el caso, como tú. ¿Es que no lo has visto? Soy capaz de cambiar la primera actriz de un día para otro. Y aquí no pasa nada. Sois prescindibles. Como la última mierda del último perro callejero. Desechos. ¿Entiendes esa palabra? Entérate. Te sustituyo en la concha cuando me dé la gana. Mañana, si llega el caso. Ahora bien, arriba, en la azotea, es donde no tienes recambio, métetelo en la mollera. Y da gracias a que hay una cosa que está por encima de todo y por la que merece la pena aguantar tanta cabronada ¿y sabes qué es? La patria. Oye bien esta palabra y que se te quede de una vez muy dentro: patria. Y si la patria te pide algo tú te callas y lo cumples, ¿entendido?

POZO.- Yo... es que... ya... no...

(A MÁÑEZ se le está acabando la paciencia.)

MÁÑEZ.- Vale: será lo último, palabra de honor. Mañana. Y ni siquiera te perderás la última función. Llegarás a tiempo, te lo juro. Como mucho te perderás una parte... No va a pasar nada. La de mañana va a ser una función muy especial y, ya sabes, en las últimas representaciones caben todo tipo de sorpresas...

POZO.- ¿Sorpresas?

MÁÑEZ.- Sonríe. No adelantemos acontecimientos... Obedece. Y punto. **(Pausa.)** A menos que quieras olvidarte para siempre de todo esto, te meta en el tren y te envíe de vuelta a tu pueblo. Entonces de verdad que se acabó todo...

(Pausa.)

POZO.- Lo que yo... quiero es... seguir en el... teatro.

MÁÑEZ.- Y vas a poder hacerlo.

POZO.- La... última vez. La... última. Júrelo...

MÁÑEZ.- Me ofendes si dudas de mi palabra de honor...

POZO.- Y después... se acabó... No más... caza... arriba.

MÁÑEZ.- No más caza de altura. Tan sólo es cuestión de rematar la faena. Lo importante está hecho. Digamos que se trata ya de una cuestión, cómo diría yo, personal.

POZO.- ... Personal.

MÁÑEZ.- Y, si quieres, cuando vuelvas de gira, prometo acompañarte al coto de un buen amigo y allí volverás a tus perdices... las auténticas, las que vuelan. **(Pausa.)** Entonces de acuerdo, ¿de acuerdo?

(POZO asiente.)

Al caer la tarde. Por descontado, donde siempre. Un trabajo fácil. Esta vez será a la salida del cine. Allí estaré junto a la presa. Estaremos de pie, como si esperáramos a alguien. Lo que no sabrá es que te estamos esperando. Me encenderé el puro, como siempre. Y me separaré unos metros, como siempre. Cuentas cinco y bang. Como siempre. No se te olvide rematar. Bang, bang. Es probable que haya más gente de lo normal: es domingo, por la tarde. Y perdona que insista, ya sé que después lo haces, pero, repito: perdona que insista: apunta fino, por Dios, apunta como nunca. ¿Alguna duda?

POZO.- Ninguna... **(Pausa.)** Y después... vuelvo al teatro...

MÁÑEZ.- Y dale: tienes tiempo de sobra para llegar... siempre que hagas las cosas bien, que las harás, por descontado: sin fallos. No puedes faltar en la despedida... Qué iban a hacer sin ti en el Princesa.

(POZO, resignado, coge la maleta de nuevo.)

Buen chico, Pozo, buen chico...

(Y se va haciendo oscuro mientras suena a lo lejos un rumor de gente que pasea, algún claxon: los sonidos posibles de una tarde de domingo que nos sitúan ya en...)

VIII. DISPARA

Arriba: dos imágenes, un disparo

Posiblemente sea una tarde demasiado hermosa hasta para ir de caza. Eso piensa POZO, que ve cómo el sol empieza a ocultarse tras los edificios de su derecha.

Sostiene, en una mano, el arma ya montada y, con la otra, rastrea con los prismáticos el lugar indicado por MÁÑEZ.

De vez en cuando vuelve al sol, que le da de costado.

Llega el momento esperado. Confirma el hecho dejando los prismáticos y concentrándose en la escopeta. Regula la mira telescópica.

Respira profundamente.

Repite la liturgia: emplaza la culata. Desbloquea el seguro, apunta hacia abajo y luego sube lentamente.

Pero, nada más empezar la subida, antes incluso de empezar a acariciar el gatillo, hay algo que le detiene el movimiento acostumbrado. Nunca se podía imaginar lo que está viendo.

Coincide su sorpresa con una imagen que se proyecta sobre el ciclorama: el círculo del visor muestra unos zapatos de tacón.

Vuelve al visor. Lo enfoca de nuevo, con más precisión si cabe. Sube unos centímetros la escopeta. La imagen del ciclorama ha cambiado: aparecen ahora las hermosas pantorrillas de TERESA.

Deja el arma. Sonríe: ahora entiende lo de una cuestión «personal». Le brillan los ojos.

Retoma el arma con decisión. Intenta controlar la respiración. Baja el arma y vuelve a subirla unos centímetros.

Pero esta vez, bruscamente, hace un pequeño barrido hacia la izquierda. Detiene el arma, de golpe.

Apunta con el alma.

Siente los latidos de su presa, recuerda su olor desagradable.

Y dispara sólo una vez. No hace falta más.

Inmediatamente llega hasta allí, nítido, el repentino griterío de la gente.

POZO vuelve a los prismáticos para confirmar el blanco, los deja junto al arma, apoyada sobre el borde de la azotea, y se dispone a salir deprisa. Al llegar a la puerta escucha algo: esta claro que por allí no puede escapar.

Echa el seguro a la puerta, después busca entre los laterales de la terraza hasta dar con la pequeña escalera de emergencia y empieza a bajar por ella. Desaparece enseguida tras el muro.

Mientras, se sucede un batiburrillo de sonidos intermitentes que confluyen en algún punto algo distante, allá abajo: tal vez la alarma del coche de policía o la de alguna ambulancia. Son sonidos atolondrados, como los de quienes golpean con violencia la puerta que da acceso a la azotea, sonidos que, como una mueca absurda, se entremezclan extrañamente con las risas y los aplausos del público que asiste a la última representación de *Tres sombreros de copa*.

Y XIX. APUNTA: DISPARA

Abajo: a ras del cielo

Esas mismas risas del público que asiste a la última función se mezclan ahora con la música de la gramola, en segundo plano. Se ha ido iluminando el escenario y por lo que nos permite ver nuestra limitada porción de este espacio, sólo vemos las piernas de DIONISIO, sentado sobre la cama de su habitación.

VOZ DE DIONISIO.- Bueno.

(Se ha ido iluminando también el espacio del apuntador. Aparece en ese instante POZO, llega con la respiración entrecortada, sudoroso, y cuelga la gabardina. En el perchero ya no está el sombrero de copa. Imita:)

POZO.- ¡Bueno!

(Sonríe. De golpe le invade un presentimiento. La voz de PAULA / TERESA tarda en aparecer.

El silencio es tenso. El jadeo de su respiración es ahora más fuerte. Sube hacia el tornavoz, expectante.)

Al fin...

PAULA / TERESA.- No. Siempre. Nos hablaremos de tú ¡siempre! Es mejor, lo malo...

(POZO vuelve a sonreír. Vemos las piernas de TERESA apoyadas en la cama. Después se sienta. POZO y TERESA dicen al unísono.)

PAULA / POZO.- Lo malo es que tú no seguirás con nosotros cuando termines de trabajar aquí... Y cada uno nos iremos por nuestro lado.

(Hay algo que le llama la atención a POZO. Sobre la mesa está el libro, su último regalo. Alguien lo ha vuelto a dejar ahí. Baja hacia él, mientras TERESA sigue sola el texto.)

PAULA / TERESA.- Es imbécil esto de tener que separarnos tan pronto, verdad?, a no ser que tú necesitaras una «partenaire» para tu número...

(POZO está sentado a la mesa, abre el libro y descubre que dentro hay una margarita. Se suma al texto de PAULA, sin proyectar la voz, como un susurro.)

TERESA / POZO.- Así podríamos estar más tiempo juntos. Yo aprendería a hacer malabares, ¿no? (**Descubre que, junto a la flor, TERESA le ha dejado el pañuelo, lo huele intensamente.**) ¡A jugar también con tres sombreros de copa!

(Alguien empieza a bajar por la escalera. POZO ni se inmuta, como si estuviera esperándolo. Desciende de forma silenciosa, casi siniestra. En escena oímos el sonido de una carraca con la que juega DIONISIO. Se ha estropeado.)

VOZ DE DIONISIO.- Se ha descompuesto.

(PAULA / TERESA la ha cogido e intenta arreglarla.

El hombre ha descendido hasta el último peldaño. Lleva un abrigo oscuro. Introduce la mano en uno de sus bolsillos y saca una pistola, ajusta bien el silenciador; pausadamente, como el ejecutor que sabe leer la resignación de su víctima.

POZO se ha levantado de su silla: le estaba esperando.

TERESA / PAULA ha conseguido arreglar la carraca. Suena el artificio como un demonio.

Al mismo tiempo, el pistolero apunta: dispara.

Una sola vez: le ha dado en el pecho.

Luego, vuelve hacia la escalera y se marcha.)

PAULA / TERESA.- ¡Es una lástima que tú no necesites una «partenaire» para tu número! Pero no importa. Estos días lo pasaremos muy bien. ¿Sabes?... Mira... ¡Mira, vamos, mira...! Mira tu anillo, tú me lo regalaste... ¡Cómo pude no darme cuenta de que eras tú quien me llenaba el camerino de regalos...!

(POZO sabe que esas últimas frases no pertenecen al texto. Herido de muerte, sube hacia la concha. Lleva el pañuelo ensangrentado escondido entre las manos. Mira hacia el escenario. Vemos que TERESA se ha sentado sobre el suelo, a los pies que nunca se lo pudo quitar. Sonríen. Juntos dicen el texto. El de TERESA fluye con el brillo habitual, el de POZO es un susurro enamorado.)

TERESA / POZO.- Mañana saldremos de paseo. Iremos a la playa..., junto al mar... ¡Los dos solos! Como dos chicos pequeños, ¿Sabes?

(POZO calla. TERESA dice sola su texto, pero no se lo dice al público. Está mirando hacia la concha. Como un regalo para su apuntador.

Levanta la voz, emocionada.)

PAULA / TERESA.- ¡Tú no eres como los demás caballeros! ¡Hasta la noche no hay función! ¡Tenemos toda la noche para nosotros!

(El último aliento de POZO es una sonrisa y una apagada insistencia.)

POZO.- Te quiero... te quiero... te quiero... te... quiero...

(TERESA sonríe, no sabe que POZO es ya apenas una sombra bajo la concha. Y continúa con su texto de PAULA que habla de cangrejos y de playas y de castillos y de volcanes, mientras POZO apunta por última vez un «te quiero» que tampoco está en el texto, antes de cerrar, definitivamente, los ojos.)